

Introducción

Enrie Ueelay-Da Cal

La portada de este número sobre la historiografía en 1995 anuncia un contenido más bien desigual, en el que la continuidad temática y metodológica, la escasa innovación y el insistente recurso al empirismo -como árbitro moral de una disciplina falta de mayores inspiraciones conceptuales- se manifiestan claves en el contexto profesional español. La portada también indica lo que no se encuentra en estas páginas, más que por casualidad: en España la creciente demanda pública por el ensayo y la divulgación está siendo contestado por el periodismo, mientras los académicos miran, desde lejos, despectivos, pero también en gran medida despreciados por el mercado. Por tanto, la intención de lo recogido pretende ser didáctica sólo en tanto que representativa; no es, y mucho menos pretende ser, una guía que recomienda la «buena lectura» historiográfica.

La continuidad temática salta a la vista al repasar las reseñas que ocupan el final de esta revista. Se amontonan las monografías de historia local, las investigaciones sobre clases sociales y corporaciones varias entre el cambio del Antiguo Régimen, los estudios de industrialización y el movimiento obrero: todo un testimonio de la viabilidad de una ortodoxia profesional.

Es igualmente abrumadora la continuidad metodológica. A pesar de las coyunturas políticas de uno y otro signo (la evidente crisis del Estado asistencial, la fragmentación del Imperio soviético, la aparición del «ex-fascismo», la conversión de la China posmaoista en una sociedad consumista) vividas en el último lustro, por doquier se dan

pruebas de la sostenida vitalidad del ideologismo. Tales tristes esqueletos asoman por debajo del empirismo y de la factualidad que son, de forma cada vez más insistente, presentados como sustituto duro, y a la vez cómodo y reconfortante, a la tan difícil renovación de ideas. El problema de fondo es sencillo: el empirismo es una vía muerta si va acompañado por la falta de conceptualización. Nada es más elocuente que la incapacidad de proyectar las hipótesis e interpretaciones de los hechos estudiados más allá de unas timidas y apretadas páginas de conclusiones, características en las hornadas de trabajos más actuales. El ensimismamiento sostenido de la profesión se hace patente también en la ausencia de parámetros comparativos no sólo respecto a otras historiografías, sino entre los mismos ámbitos interiores del Estado español. Para ir resumiendo, por todas partes en la historiografía se habla de debate, pero éste, como actividad sustanciosa —y no como mera reiteración de postulados políticos o bandosidades electivas-, brilla por su ausencia. Será, como suelen remarcar los psicólogos clínicos, que la reiteración insistente sirve para cubrir la angustia de una carencia.

En todo caso, harta de tanta industrialización y modernización, la historiografía española ha descubierto en 1995 el nacionalismo, temática ya cultivada desde hace largo tiempo en los diversos compartimentos-estanco autonómicos. Sin duda, la peculiar situación política española de este año ha ayudado a tal descubrimiento (ajuzgar por el ulular persistente de la «prensa canallesca» madrileña, nuevamente visible). Pero en medios algo más reposados, como los despachos universitarios, también ha influido la importación lenta pero segura de autores anglo-americanos y franceses, ya que el nacionalismo -en el circuito académico internacional- se ha convertido en el tema «post-comunista» por excelencia de las ciencias sociales. Con todo, el descubrimiento académico español del nacionalismo implica muchas cosas al tiempo: enfrentarse con el tema puesto del espaciolismo; abordar el significado de la derecha más allá de la demonización; asumir el nacionalismo histórico de las izquierdas, escondido bajo hojas de parafederales y análogos taparrabos. También significa tomar conciencia de los problemas estructurales de la importación y exportación en castellano ante la hegemonia fáctica del inglés como «lingua franca» científica a escala mundial. Si en este terreno no se pretenden seguir los pasos de la inconsciencia francesa (y es bueno recordar que ya en 1949 la Asamblea Nacional

Introducción

gala pretendió ilegalizar la Coca-Cola en el «hexágono» y todo el Imperio francés), tratar el nacionalismo español como objeto de estudio es a la vez plantear hasta qué punto es también sujeto, o sea, elemento informador de la historiografía española (y no sólo de sus menores rivales interiores).

Sin duda, hay también muchos factores positivos en el panorama de 1995 que permiten entrever algunos caminos de salida fuera de la sostenida autarquía profesional. Cada vez más se insinúa la importancia de trabajos exportables, como, por ejemplo, entre las obras reseñadas aquí, la aportación, realmente excelente, de Sánchez Cervelló o el ensayo de Veiga, ambos ya traducidos. Esto implica la necesaria contraposición: exportar significa no solamente cultivar temas propios, sin duda fascinantes, pero no los únicos del mundo, sino también atreverse con temáticas extranjeras, algo que durante 1995 los periodistas están haciendo de forma sistemática, mientras que los estudiosos académicos que se atreven son todavía una excepción. A lo largo del pasado año la avalancha de libros hechos improvisadamente por publicistas, en base a entrevistas y archivos de prensa, demuestra la demanda existente para temas, digamos «vivos», del pasado inmediato o del presente más riguroso: han abundado títulos sobre el franquismo, la transición, la extrema derecha, así, como otros que han pretendido explicar la coyuntura internacional, especialmente en Europa oriental. Se puede suponer, por tanto, que es la fuerza del mismo mercado editorial la que marca un cierto ritmo de cambio ante las inercias académicas, y que no son los profesionales los que van abriendo campos al gran público. En todo caso, la disyuntiva de la disciplina historiográfica es clara: o exportación y conexiones comparativas de tipo más restringido, para profesionales, o una mejor interacción entre la relación import/export y la ambición de ampliar el número de lectores potenciales.

Indudable, ni una cosa ni otra son fáciles desde una profesión profundamente burocrática, imbuida de las notorias pretensiones y arrogancias del funcionariado español, que también debe enfrentarse a la presión de ritmos de trabajo desquiciantes, que estimulan (y son estimulados por) la dispersión de encuentros, seminarios, congresos y demás rituales semejantes, así como a la «seclularización» galopante de las antaño excelsas, aunque polvorrientas, universidades. Lógicamente, abunda la confusión entre highbrow/lowlbrow, entre la producción elitista, digamos más «científica», circunscrita a círculos

muy cerrados y dirigida en última instancia hacia las conexiones exteriores y la divulgación interior, necesariamente adaptada al lector y no a las orgullosas exigencias corporativas de los mejores profesionales. Sin embargo, las implicaciones a largo término del «Multimedia» y del «Internet», más allá de las futurologías que hoy en día nos abrumen desde la prensa, apuntan hacia la necesidad de una simultánea diversificación y especialización, por contraposición a la ambigüedad, el confusionismo y el enaltecimiento de los valores artesanos que todavía nutren los ambientes hispánicos.

Ya empieza a ser un tópico afirmar que el siglo XX se acabó en 1991. En todo caso, el fin de la Guerra Fría ha permitido aproximarse desde nuevas perspectivas a los orígenes de nuestro presente. Algunos de los artículos presentados aquí lo muestran así. Ranzato nos propone la «guerra civil» como categoría activa, no como estadio excepcional. Afanásiev y Frei indican de distinta manera cómo se está dando la vuelta a los supuestos más enraizados dentro del tratamiento de sus respectivas historiografías nacionales: es más, Afanásiev, en la fuerza obsesiva de su anticomunismo, utilizando como un ejercicio de terapia colectiva, recuerda dos décadas de historiografía española de resuelta militancia antifranquista. Igualmente, Ignazi y González Cuevas resaltan cómo -de formas muy diferentes- se aplican las autolegitimizaciones discursivas en la política derechista actual, así como su estrecha relación con la siempre abusiva politización.

Con todo su interés, estas aportaciones, más o menos lejanas geográficamente, no son cualitativamente mejores que lo mejor de la producción patria y algunas comparten su enfoque algo ensimismado; aparte de su información, pues, sirven para demostrar la potencial utilidad que para todos tendría competir en un terreno comparativo. En todo caso, haciendo balance final -en su sentido más amplio- de todo lo que se ha recogido en esta peculiar antología de la «Historia del 95», me permitiría una última salida de tono. Ante la formalidad con la cual la disciplina historiográfica en conjunto se trata a sí misma, entre ideologismos y entusiasmos empiristas, siempre prestos a invocar alguna forma de infalibilidad, reivindico algo tan modesto como el derecho a la equivocación. Sin éste no hay riesgo y sin riesgo no hay discusión, apertura y nuevos horizontes. ¿Por qué,

intelectualmente hablando, se «jugará» tan poco en la historiografía? Por algo tendremos fama de aburridos.

Toda valoración antológica de algo tan vasto como la producción de una disciplina a lo largo de un año -incluso cuando ésta se limita a lo publicado en un marco como el español- es por fuerza arbitraria, fruto perverso del cruce entre la subjetividad de quien hace el juicio pretendiendo justificarlo y el posterior cumplimiento o incumplimiento de los encargos repartidos. Sirva, pues, esta recogida de materiales diversos como muestra e indicación de algunas de las cuestiones más arriba aludidas. Para concluir, sin embargo, querría agradecer a Xavier Casals y David Martínez Fiol, mis compañeros en la redacción de L'Avenç, su sostenido apoyo en la preparación de este número de «Historia del 9.5», cuyos aciertos -si alguno tiene- son tan suyos como míos; es de rigor que recuerde que los errores son de mi exclusiva responsabilidad. También la profesora Susanna Tavera me ha regalado su paciencia y habitual sentido del buen acabado al ayudarme a revisar numerosos textos, a lo que también se prestó gustosa María del Mar Gabriel, asimismo de L'Avenç.